

Antón Chéjov

La señora del perrito y otros cuentos

Selección, traducción y nota preliminar
de Juan López-Morillas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Traducción de Juan López-Morillas

Revisión de la traducción del ruso de Esther Arias Valor

Primera edición: 1984
Tercera edición: 2015
Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Robert P. Staples: *Días de verano* (detalle). Colección particular
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección, traducción y nota preliminar: Herederos de Juan López-Morillas
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-099-6
Depósito legal: M. 17.902-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota preliminar
- 13 Historia ruin
- 26 El amanuense
- 34 Enemigos
- 53 En casa
- 67 El monje negro
- 112 Ana al cuello
- 131 La esposa
- 141 Casa con desván
- 167 Las grosellas
- 183 La señora del perrito

Nota preliminar

Al acabar la carrera de medicina en la Universidad de Moscú en 1884, Antón Chéjov descubrió dos cosas: 1) que no tenía mucho deseo de ejercer su flamante profesión, y 2) que estaba tuberculoso. Este doble descubrimiento había de influir hondamente en los dos decenios que le quedaban de vida. Durante su etapa de estudiante pobre había tratado de subvenir a sus necesidades escribiendo, bajo el seudónimo de *Antosha Chejonte*, cuentos festivos, esbozos satíricos, anécdotas y diálogos cómicos para varias revistas de poca monta. Y ahora, al abandonar las aulas, hallaba que lo que había sido hasta entonces un simple medio de vida, a saber, la literatura, era la única ocupación vital que en realidad le interesaba. En esos veinte años escribió cientos de cuentos, cinco obras teatrales y algunas piezas dramáticas menores.

El descubrimiento de su dolencia y la intuición de que no viviría largo tiempo explican, sin duda, esa febril fe-

cundidad. Pero no es sólo fecundidad lo que explican. La tuberculosis, al reducir sensiblemente su actividad física, le indujo a interiorizarse, a ensanchar como compensación el ámbito de su actividad espiritual. Diríase que de ese modo se aguzaron su perspicacia psicológica y su visión moral, que pronto habían de fundirse con su innato sentido trágico de la humana condición. De esa fusión deriva lo que imprime en sus relatos un sello característico: la captación de la experiencia íntima de sus criaturas de ficción, a quienes parece sorprender a «la hora de la verdad», cuando momentáneamente, con una palabra o un gesto, delatan lo que genuinamente son, con sus flaquezas, anhelos, temores y perplejidades.

No obstante la turbulencia ideológica de la Rusia de fines del siglo XIX, que invitaba a un mayor o menor compromiso por parte de la *intelligentsia*, Chéjov se mantuvo al margen de las prédicas políticas de su tiempo. A menudo se ha citado, en pro o en contra de su postura, el párrafo de su carta a A. N. Pleschéyev: «No soy liberal, ni conservador, ni gradualista, ni anacoreta, ni indiferentista». ¿Quiere esto decir que se abstrajo por completo de las inquietudes de sus contemporáneos? No parece haber sido así, aunque sin duda sus narraciones no tuvieron nunca la intención sociopolítica que dieron a las suyas Turguénev (*Tierra virgen*) o Dostoyevski (*Los demonios*) unos años antes, o Gorki (*Fomá Gordéyev, La madre*) unos años después.

Más que a ideologías, en las que creía ver una mengua —cuando no una congelación u ocultación— de la personalidad, Chéjov atendió a la inagotable promesa del ser humano, en todos los entresijos de su espíritu y en todos

los estratos de su existencia social. Tanto en sus relatos como en sus piezas teatrales destaca su actitud inquisitiva ante la vida, una como incertidumbre radical ante las grandes cuestiones humanas (amor, odio, ambición, engaño, verdad, muerte), cabalmente ante aquellas cuestiones de las que los dogmatismos militantes se desentienden de ordinario, o, peor aún, para las que tienen prontas las recetas formularias. En este respecto se asemeja a Tolstói, a quien tanto admiró y de quien tanto aprendió, al Tolstói, por supuesto, anterior a 1880, pues el posterior a esa fecha era vivo ejemplo de cómo el dogmatismo empobrece y trivializa al más excelso espíritu humano.

Ahora bien, mantenerse al margen de las ideologías no suponía ser indiferente a lo que acontecía en torno suyo. Ya lo indicaba así en la carta a Pleschéyev. Pero no era tanto la política obtusa y represiva impuesta desde arriba –la política de Alejandro III y su consejero Pobedonótsev–, ni las desaforadas exhortaciones revolucionarias con que era respondida desde abajo, sino algo a la vez menos concreto y más subyugante: la vida y costumbres contemporáneas de sus coterráneos, con preferencia las de la clase media (maestros, médicos, abogados, artistas, funcionarios, pequeños propietarios), con sus alegrías y dolores, esperanzas y fracasos; gentes que en medio del quehacer cotidiano hallan ocasión de preguntarse sobre la vida humana en general y no solamente la propia: metafísicos y moralistas de bajo vuelo, más dados a hacerse cuestión de la realidad que a dogmatizar sobre ella.

Razón tenía, pues, Gorki al escribir a su contemporáneo: «Realiza usted una labor inmensa con sus pequeños

relatos, despertando en las gentes la aversión a esta vida amodorrada, moribunda». Despertar conciencias, avivar anhelos, descubrir manquedades, señalar el fraude, la hipocresía, la arbitrariedad, es labor revolucionaria a su manera, como bien comprendía Gorki y subraya la crítica soviética moderna. Y todo ello en relatos concisos, de enjuto argumento, con mínima descripción de ambientes —el medio físico se «intuye» más que se «ve»— y un diálogo sencillo en que el habla cotidiana adquiere a menudo matices hondamente emotivos, cuando no trágicos.

Nuestra selección incluye relatos del período 1882-1899. Son, pues, representativos de casi toda la producción de Chéjov como cuentista. Se acepta generalmente la tesis de un cambio de orientación en la índole de sus cuentos a partir de 1886: de escenas burlescas y cuadros satíricos, con su punta de caricatura, pasan a ser gradualmente narraciones lírico-psicológicas en las que despuntan ya el tono y la «atmósfera» de las cinco grandes obras dramáticas que compuso. Como ejemplo de la primera época damos sólo un cuento: *Historia ruin* (1882). Los nueve restantes pertenecen a la segunda.

Juan López-Morillas

Historia ruin*

La cosa empezó ya en el invierno.

Hubo un baile. Tronaba la música, ardían los candelabros, los caballeros no perdían el arrojo y las damas gozaban de la vida. Se bailaba en los salones, se jugaba a las cartas en los gabinetes, se bebía en el ambigú, y en la biblioteca se hacían frenéticas declaraciones de amor.

Liolia Aslóvskaya, una rubia regordeta y sonrosada de grandes ojos azules, cabello largo y con el número 26 en su tarjeta de identidad, se había sentado aparte y renegaba de todo, de todos y hasta de sí misma. Una pena le roía el alma. Lo que pasaba era que los hombres se portaban odiosamente con ella. Sobre todo en los últimos dos años ese comportamiento había sido atroz. Había notado que ya no se fijaban en ella. La sacaban a bailar con desgana. Más aún, si pasaba algún sujeto junto a ella,

* Título original: *Skvérnaya historia* (1882).

el muy sinvergüenza ni siquiera la miraba, como si ya hubiera perdido su belleza. Y si por casualidad alguno ponía en ella los ojos, así de sopetón, lo hacía, no con asombro ni platónicamente, sino como el que tiene apetito mira una empanadilla de carne o un cochinitillo asado antes de la comida. Mientras que en años anteriores...

—¡Y así todas las *soirées*, todos los bailes! —rezongaba Liolia, mordiéndose los labios—. Sé muy bien por qué no se fijan en mí. Quieren vengarse. Quieren vengarse de mí porque los desprecio. Pero ¿cuándo voy a casarme por fin? ¿Es que una puede llegar a casarse así? Porque el tiempo no espera. ¡Canallas, más que canallas!

En la noche a que nos referimos el destino tuvo a bien apiadarse de Liolia. Cuando el teniente Nabrydlov, en vez de bailar con ella la prometida cuadrilla, cogió una borrachera de marca mayor y al pasar a su lado chasqueó los labios para mostrar que no se le daba un ardite, ella no pudo ya contenerse. Su cólera llegó al colmo. Se le nublaron los ojos azules y le empezaron a temblar los labios. La llantina estaba en puertas. Para que los profanos no la vieran llorar se volvió hacia las ventanas empañadas y oscuras, y ¡oh, momento milagroso!, en una de ellas vio a un guapo mozo que no le quitaba los ojos de encima. El joven formaba un cuadro delicado que al punto quedó clavado en el corazón de Liolia. El chico tenía un porte elegante, los ojos llenos de amor, de sorpresa, de preguntas, de respuestas, el rostro melancólico. Liolia se reanimó al instante. Adoptó la postura oportuna y se puso a observar según convenía. Vio que el joven no la miraba casualmente, así como así, sino fijamente, con deleite y admiración.

«Dios mío –pensó Liolia–. ¡Ojalá que a alguien se le ocurra presentármelo! Éste, por las trazas, es un chico nuevo. Me ha echado el ojo en seguida.»

Poco después el joven dio media vuelta, cruzó los salones y empezó a importunar a varios caballeros.

«Quiere ser presentado. Está pidiendo que lo presenten», pensaba Liolia con un nudo en la garganta.

En efecto, diez minutos más tarde un aficionado a las tablas con cara de granuja bien afeitado se lo presentó a Liolia. El joven resultó ser «nuestro Nógtev», un artista con más talento que el mismísimo diablo. Nógtev tenía veinticuatro años, era moreno, de ojos ardientes, meridionales, y mejillas pálidas. Un bigotillo gracioso le adornaba el labio. Nunca había pintado nada, pero era artista. Llevaba el cabello largo, perilla, un dije de oro en forma de paleta colgado de la cadena del reloj, gemelos de oro también en forma de paleta, guantes hasta el codo y tacones de una altura inverosímil. Buen chico, pero bastante ganso. Tenía un papá bien nacido, una mamá por el estilo y una abuela rica. Era soltero. Estrechó con recelo la mano de Liolia, se sentó tímidamente y, una vez sentado, se puso a devorar a la moza con sus ojos grandes. Hablaba despacio y con titubeos. Liolia no daba paz a la lengua, mientras que él sólo decía «sí..., no..., yo, sabe usted...». Hablaba sin apenas respirar, respondía sin venir a cuento y, de vez en cuando, por turbación, se frotaba ligeramente el ojo izquierdo. Liolia aplaudía con entusiasmo. Había decidido que el artista estaba chalado por ella, lo cual la invitaba a cantar victoria.

Al día siguiente del baile Liolia, sentada a la ventana de su cuarto, vigilaba triunfante la calle. Nógtev se pa-

seaba por delante de la casa, asaeteando las ventanas con los ojos. Tenía el aspecto de alguien a punto de morir: melancólico, lánguido, delicado, calenturiento. Dos días después del baile pasó dos cuartos de lo mismo. El tercer día llovió y el joven no apareció ante la casa (alguien dijo que a la figura de Nógtev no le iba bien el paraguas). El cuarto día decidió venir de visita a casa de los padres de Liolia. Las relaciones quedaron ligadas con un nudo gordiano imposible de deshacer.

Un mes más tarde hubo otro baile. Nógtev, apoyado en el quicio de la puerta, devoraba a Liolia con los ojos. Ella, queriendo darle celos, coqueteaba desde lejos con el teniente Nabrydlov, que esta vez estaba, no borracho del todo, sino sólo achispado.

El papá de la niña se acercó a Nógtev.

—¿Usted pinta? —preguntó el papá—. ¿Le interesa a usted el arte?

—Sí.

—¡Ah! Cosa bonita, el arte... Ojalá, ojalá... Claro que Dios ha distribuido tanto talento... Sí, cada cual tiene su talento...

Tras un breve silencio continuó:

—Mire, joven, lo que debe hacer puesto que es usted pintor. Venga a visitarnos en nuestra casa de campo la primavera próxima. Hay sitios muy amenos allá. Una barbaridad de vistas, créame. Ni Rafael pudo pintarlas como ésas. (Pronunciaba *Rapael*.) Nos dará usted un alegrón. Como, además, usted y mi hija... se han hecho tan amigos... ¡Ah, los jóvenes, los jóvenes...! Je, je, je.

El artista hizo una reverencia y el primero de mayo de ese año se trasladó a la casa de campo de los Aslovski

con sus bártulos. Éstos se componían de una innecesaria caja de pinturas, un chaleco de piqué, una cigarrera vacía y un par de camisas. Fue recibido con los brazos abiertos. Pusieron a su disposición dos habitaciones, dos lacayos, un caballo y todo lo que pidiera por aquella boca, con tal que diera esperanzas. Sacó toda la ventaja posible de su nueva situación: comía como un tragaldabas, bebía como una esponja, dormía a pierna suelta, admiraba la naturaleza y no quitaba los ojos de Liolia. Ésta rebosaba de felicidad. Él estaba cerca, era joven, guapo y tímido... ¡Y amaba tanto! Era tan apocado que no sabía cómo llegarle a ella. Ahora más que nunca la observaba desde lejos, desde detrás de las cortinas o de los arbustos.

«¡Amor tímido!», pensaba Liolia, suspirando.

Una hermosa mañana el papá y Nógtev conversaban sentados en un banco del jardín. El papá hablaba con viveza de los encantos de la vida de familia, pero Nógtev escuchaba con impaciencia y buscaba con la mirada el torso de Liolia.

—¿Es usted hijo único? —preguntó el papá entre otras cosas.

—No. Tengo un hermano, llamado Iván. Buen muchacho. Un encanto de hombre. ¿Le conoce usted?

—No tengo el honor...

—Lástima que no se conozcan ustedes. Es un soltero empedernido ¿sabe usted? Un tipo alegre, estupendo. Hace literatura. Todas las redacciones se lo disputan. Colabora en *El Bufón*. ¡Lástima que no se conozcan ustedes! Oiga, ¿quiere usted que le escriba diciéndole que se reúna con nosotros? De veras que se alegrará.

Ante tal propuesta se le encogió el corazón al papá, pero ¿qué se le iba a hacer? Era preciso decir «con mucho gusto».

Nógtev dio una zapateta en el aire para mostrar lo que le agradaba la cosa y al instante envió la invitación a su hermano. Éste no tardó en presentarse, pero no solo, sino en compañía de su amigo el teniente Nabrydlov y de un perro viejo, enorme y desdentado, llamado Turka. Dijo que los había traído consigo para impedir que le atacaran los ladrones por el camino y para tener a alguien con quien beber. Les dieron tres habitaciones, un lacayo por barba y un caballo para los dos.

—Ustedes, señores míos —dijo Iván a los dueños de la casa—, no tienen por qué ocuparse para nada de nosotros. No necesitamos cuidados ningunos. No nos hacen falta colchones de plumas, ni salsas, ni pianos. Ahora bien, si son generosos con la cerveza y el vodka ¡eso ya es otra cosa!

Si el lector puede imaginarse a un individuo de treinta años, enorme y hocicudo, con una perilla sarnosa y ojos saltones, vestido con una blusa de lino y con el cuello de la camisa ladeado, me ahorrará el trabajo de describirle a Iván. Era el hombre más insoportable de la tierra. Cuando no estaba bebido todavía podía pasar. Cuando estaba ebrio era, sin embargo, tan inaguantable como sentarse en un cardo. Entonces hablaba sin parar, decía groserías, sin mirar si había mujeres o niños delante. Hablaba de piojos, de chinches, de braguetas, y de sabe Dios qué otras cosas. El papá, la mamá y Liolia quedaban perplejos y avergonzados cuando Iván, durante la comida, empezaba a soltar agudezas.

Por desgracia, durante el tiempo que pasó con los Aslovski, Iván no dejó de estar ebrio un solo momento. También es verdad que Nabrydlov, el teniente pequeño y raquítico, no le iba muy en zaga.

—Nosotros no somos artistas —decía—. ¡Claro que no! ¡Nosotros somos hombres de pelo en pecho!

Iván y Nabrydlov, para empezar, se trasladaron de la casa principal, que a ellos se les antojaba sofocante, a la dependencia en que vivía el intendente, quien no sentía empacho de emborracharse con gente educada. Más tarde se quitaron las levitas y en mangas de camisa desfilaban por el patio y el jardín. Liolia tropezaba a cada instante con el uno o el otro holgazaneando en *déshabillé* a la sombra de un árbol. Ambos bebían, comían, daban de comer hígado al perro, hacían chistes a costa de los dueños de la casa, perseguían a las cocineras por el patio, tomaban baños con mucha algazara, dormían como lirones y daban gracias al destino por haberles deparado la venida a este sitio donde se les trataba a cuerpo de rey.

—Oye, tú —dijo una vez Iván al artista, guiñando un ojo ebrio en dirección a Liolia—. Si vas tras ella, allá tú. Nosotros no te lo impedimos. Tú llegaste primero y sabes lo que traes entre manos. ¡Que aproveche! Nosotros, con nobleza, te deseamos buena suerte.

—No te la quitamos, no —afirmó Nabrydlov—. Sería una cochinidad si lo hiciéramos.

Nógtev se encogió de hombros y volvió a posar sus ojos ávidos en Liolia.

Cuando fastidia el silencio se anhela el jaleo. Cuando se cansa uno de estar sentado con decoro y compostura se busca el alboroto. Cuando Liolia se hartó de amor tímido

comenzó a darse a todos los diablos. El amor tímido es una fábula para ruisseñores. Lo peor de todo era que el artista venía a ser tan tímido en junio como lo había sido en mayo. En la casa grande confeccionaban el ajuar de la novia. El papá, día y noche, pensaba en el préstamo que tenía que pedir para la boda, pero mientras tanto las relaciones entre Liolia y el artista seguían siendo indecisas. Liolia obligaba al mozo a pasar con ella el día entero, pescando. Pero esto tampoco daba resultado. El joven permanecía junto a ella con la caña en la mano, sin decir esta boca es mía, devorándola con los ojos... y nada más. Ni una sola de esas palabras que son a la vez dulces y terribles. Ni una sola declaración.

–Llámame... –le dijo una vez el papá–. Llámame..., perdona que te hable de tú... Yo, cuando le cobro afecto a alguien... Llámame papá. Eso me gusta.

El artista, tontamente, empezó a llamarle papá, pero ni por ésas. Seguía tan mudo como antes. Era cosa de quejarse a los dioses por haber dado al hombre sólo una lengua en lugar de diez. Iván y Nabrydlov pronto advirtieron la táctica de Nógtev.

–¡Que el diablo te entienda! –murmuraban–. Estás como el perro del hortelano. ¡Qué bestia! ¡Trágate lo que se te viene por sí solo a la boca, so alcorchoque! Si tú no quieres, aquí estamos nosotros. ¡Pues sí!

Mas todo llega a su fin en este mundo, y a su fin llegará esta historia. Llegaron a su fin hasta las indecisas relaciones entre el artista y Liolia. El desenlace del asunto ocurrió a mediados de junio.

Era un anochecer tranquilo. Había algo aromático en el aire. Los ruisseñores cantaban estrepitosamente. Susurra-

ban los árboles. El ambiente rezumaba deleite, para decirlo con la lengua larga de los literatos rusos. Por supuesto, había también luna. Para completar este cuadro poético y paradisiaco sólo faltaba el señor Fet quien, escondido tras un arbusto, hubiera leído en alta voz sus seductoras estrofas.

Liolia, sentada en un banco, envuelta en un chal, miraba el riachuelo a través de los árboles.

«Pero ¿es que soy tan inaccesible?», pensaba. Y en su fantasía se veía a sí misma como mujer majestuosa, orgullosa, arrogante. La llegada del papá interrumpió sus reflexiones.

–Bueno, ¿qué? –preguntó papá–. ¿Sigue todo lo mismo?

–Lo mismo.

–¡Demontre! ¿Cuándo acabará esto? Porque, hija, cuesta caro dar de comer a estos haraganes. Quinientos rublos al mes. No es una broma. Sólo el perro se come treinta kópeks de asadura al día. Si de pedir la mano se trata, que la pida, y si no, que se vaya a freír espárragos con el hermano y con el perro. ¿Dice algo, por lo menos? ¿Habla contigo? ¿Da explicaciones?

–No. ¡Ay, papá, es un chico tan apocado!

–Apocado... ¡Ya vamos conociendo su apocamiento! Nunca mira de frente. Espera, que te lo mando aquí en seguida. Termina con él, niña. No hay que andarse con remilgos. Y en cuanto a maña, me parece que te la das muy buena.

Se fue el papá. Unos diez minutos después apareció tímidamente el artista entre una mata de lilas.

–¿Me ha llamado usted? –preguntó a Liolia.

–Sí, acérquese. Basta ya de rondarme. Siéntese.

El artista, casi a hurtadillas, se acercó a Liolia y, casi a hurtadillas, se sentó en el borde del banco.

«¡Qué guapo que está en la oscuridad!», pensaba Liolia; y, volviéndose hacia él, dijo:

–Cuénteme algo. ¿Por qué es usted tan poco comunicativo, Fiódor Panteléich? ¿Por qué está siempre callado? ¿Por qué no me abre nunca su corazón? ¿Qué he hecho para merecer de usted tal desconfianza? Me duele mucho, se lo aseguro... Se diría que no somos amigos. Vamos, hable.

El artista carraspeó, respiró entrecortadamente y dijo:

–Necesito decirle muchas cosas, pero muchas.

–¿De qué se trata?

–Temo que se ofenda usted, Elena Timoféyevna. ¿No se ofenderá usted?

Liolia rió nerviosamente.

«Ha llegado el momento –pensaba–. ¡Hay que ver cómo tiembla! Estás cogido, amigo.»

Empezó a ponérsele carne de gallina y sentía ese estremecimiento tan bienquisto de los autores de novelas.

«En diez minutos empiezan los abrazos, los besos y los juramentos... ¡Ay, ay!» Soñaba ya, y para echar más leña al fuego rozó al artista con el codo cálido y desnudo.

–Bueno, ¿de qué se trata? –preguntó–. No soy tan quisquillosa como usted se figura... (*Pausa.*) Hable, pues. (*Pausa.*) Ande, hombre.

–Verá usted..., yo, Elena Timoféyevna, no amo en el mundo nada tanto como el arte, quiero decir, como las artes plásticas. Mis camaradas aseguran que tengo talento y que puedo llegar a ser un artista estimable.

–¡Oh, sí! ¡Qué duda cabe!

–Bien, pues... adoro el arte... Quiere decir que... Prefiero la pintura de género, Elena Timoféyevna. El arte, ¿sabe usted?... ¡Qué noche tan maravillosa!

–Sí, noche singular –dijo Liolia; y, enroscándose como una serpiente, se envolvió en el chal y cerró los ojos a medias. (Las jovencitas, cuando se trata de cosas de amores, son terriblemente jóvenes.)

–Yo, verá usted –prosiguió Nógtev, casi quebrándose los dedos–, me proponía hablarle desde hace ya tiempo, pero... tenía miedo. Pensaba que iba usted a enfadarse... Pero si me comprende usted bien, no se enfadará. A usted también le encanta el arte.

–¡Ah sí! ¡Cómo no! ¡El arte, no digamos!

–¡Elena Timoféyevna! ¿Sabe por qué estoy aquí? ¿No sospecha usted?

Liolia quedó desconcertada y, como por descuido, puso la mano en el codo de él.

–Es verdad –continuó Nógtev después de un breve silencio– que hay algunos sinvergüenzas entre los artistas... Es verdad. No aprecian en nada el pudor femenino. Pero yo... yo no soy de éstos. Yo tengo el sentimiento de la delicadeza. El pudor femenino es un... un pudor tal que... no es posible menospreciarlo.

«¿Por qué me dirá esto?», pensaba Liolia, ocultando los codos en el chal.

–No soy como éstos... Para mí la mujer es algo sagrado. Así, pues, no tiene usted nada que temer. Yo no soy de éstos; yo no me permito hacer tonterías... Elena Timoféyevna, ¿me da usted su venia? Entonces, escuche. Yo, se lo juro solemnemente, no vivo para mí mismo, sino para el arte. Para mí lo primero es el arte y no la satisfacción de los instintos animales.

Nógtev le cogió una mano. Ella se inclinó un poquito hacia él.

–¡Elena Timoféevna! ¡Ángel mío! ¡Encanto!

–¿Sí...?

–¿Puedo pedírselo?

Liolia volvió a reír nerviosamente. Sus labios se prepararon para el primer beso.

–¿Puedo pedírselo? Se lo ruego. Es para el arte, se lo juro. Me gustaría tanto, tanto. Es usted precisamente lo que me falta. ¡Que las otras se vayan a paseo! Elena Timoféevna, amiga mía, sea usted...

Liolia se irguió, lista para el abrazo. El corazón le latía con fuerza.

–Sea usted mi...

El artista se apoderó de la otra mano. Ella, sumisa, inclinaba la cabeza hacia el hombro de él. Lágrimas de felicidad le brillaban en las pestañas...

–Querida mía, ¡sea usted mi... modelo!

Liolia levantó la cabeza.

–Su... ¿qué?

–¡Sea usted mi modelo!

Liolia se levantó.

–¿Qué? ¿Cómo?

–Mi modelo. Séalo usted.

–¡Ah...! ¿Sólo eso?

–Le quedaría muy agradecido. Me daría usted ocasión de pintar un cuadro... ¡y qué cuadro!

Liolia se puso pálida. Las lágrimas de amor se trocaron de repente en lágrimas de desolación, de cólera y de otros malos sentimientos.

–De modo que... ¿era esto? –logró articular, toda temblorosa.

¡Pobre artista! Una roja oleada cubrió una de sus blan-

cas mejillas y el sonido de una sonora bofetada, mezclado con el de su propio eco, repercutió por el jardín oscuro. Nógtev se frotó la mejilla y quedó estupefacto, presa de un pasmo. Sentía como si se lo tragara el universo... Le saltaban relámpagos de los ojos...

Liolia, temblando, aturdida, pálida como una muerta, dio un paso adelante tambaleándose. Sentía como si una rueda le hubiera pasado por encima del cuerpo. Sacando fuerzas de flaqueza, tomó el camino de casa con paso inseguro y penoso. Se le doblaban las piernas, echaba chispas por los ojos, se llevaba las manos al pelo con intención evidente de arrancárselo...

Sólo le faltaban unos cuantos metros para llegar a casa cuando una vez más tuvo motivo para ponerse pálida. En el camino, junto al cenador cubierto de espeso parral, estaba el hociucudo Iván, ebrio, con los brazos desmesuradamente abiertos, el cabello en desorden y el chaleco desabotonado. Clavó los ojos en el rostro de Liolia, se sonrió sardónicamente y profanó el aire con una carcajada mefistofélica. Cogió a Liolia de la mano.

—¡Largo de aquí! —bramó la joven, y retiró bruscamente la mano...

¡Historia ruin!